

Presentación

¿Cómo nació este libro?

Era el otoño de 1973. En aquel entonces vivía yo en Tierra Santa y daba clases de filosofía en el Estudio Teológico Franciscano de Jerusalén, que por primera vez abría las puertas a estudiantes de otras congregaciones religiosas y a seculares de ambos sexos. Entre otras cosas estaba comentando el Banquete, el diálogo de Platón sobre el amor, donde seis personajes, los convidados al banquete, entre los cuales sobresale Sócrates, se ponen de acuerdo en pronunciar cada uno un discurso de alabanza sobre el amor (Eros), en una atmósfera de entusiasmo y euforia, precursora de prometedoras revelaciones superracionales.

Habíamos leído y comentado los cinco primeros discursos y sólo faltaba el de Sócrates, cuando, movido por un inexplicable impulso, dé esos que revelan su sentido sólo al dar su fruto, sentí invitar a la lectura de Platón a aquella que había sido para mí “Diotima”. Diotima, en el diálogo platónico, es la «mujer extranjera», la «amiga de tierras lejanas... entendida en amor y en muchas otras cosas», que Sócrates dice haber encontrado en su juventud; mujer que con su sobrenatural sabiduría lo había iniciado en los misterios de Amor, hasta poder decir: «Todo lo que sé sobre el amor, se lo debo a ella». Al llegar su turno de hablar, Sócrates no hace sino reproducir el inspirado discurso de Diotima, que es la cumbre del diálogo y una de las páginas más profundas que hayan sido escritas sobre el amor en la literatura de todos los tiempos.

Introduje a la persona de quien hablo con estas precisas palabras: «He aquí a Diotima en persona, quien nos iniciará en los misterios de Amor». Los estudiantes la acogieron con pasmada sorpresa y, a la vez, con ansiosa espera de lo que de

ella brotaría. Empecé la lectura como de costumbre, y de pronto, como iluminada por una repentina intuición, se puso a explicar el texto que ni siquiera habíamos leído todavía, revelando en él significados ocultos y poniendo al descubierto sus límites, aquello que Platón hubiera querido o debido decir, y no dijo. Fue para todos una experiencia excepcional que se repitió cuatro o cinco veces en diferentes días, tiempo durante el cual el gran Platón tuvo que pasar a segundo lugar. El mismo, por lo demás, al presentar a su maestro Sócrates como discípulo de una mujer inspirada, reconocía claramente la subordinación de la razón humana a la revelación del Uno-uno, aquel primer “Rey”, casi innominado, hacia el cual apuntan todos sus diálogos.

Fue a raíz y poco después de estos encuentros, que vino a la luz el núcleo de este librito, tan pequeño como denso y profundo, cuya comprensión requiere una verdadera capacidad de “volar” con la mente y el corazón, siendo un pensamiento asombrosamente sintético e intuitivo, fruto de una experiencia vivida y expresión de una sabiduría superracional que con dificultad se deja cuajar en conceptos y términos de nuestro lenguaje. Al dedicar su experiencia a «todos los amantes de “FILOSOFÍA”», la autora misma está indicando las circunstancias inmediatas que la inspiraron a escribir estas páginas. En ellas no es difícil reconocer la profunda afinidad con el espíritu de la doctrina platónica sobre el amor, la cual viene aquí asumida, integrada y superada, no de manera intencional y refleja, sino espontánea, por la exigencia interna y objetiva de la verdad misma.

¿Quién es “mi Diotima”?

La había encontrado un año y medio antes, en mayo de 1972, en un momento de hambre y sed intelectual y existencial. En siete años de enseñanza filosófica me había penetrado con corrientes de pensamiento aparentemente divergen-

tes, pero que en mi espíritu, por un fenómeno de “selección natural” o de asimilación, tendían a converger, impulsándome con vivo entusiasmo hacia una visión sintética de la realidad y, a la vez, haciéndome sentir la necesidad de una palabra nueva, ulterior. Desde el punto de vista existencial, comenzaban a aflorar en mí las primeras desilusiones del post-Concilio, después de una llamarada de esperanza de que las estructuras esclerosadas y agonizantes recibieran una nueva infusión de vida. También yo había creído ingenuamente que sería suficiente renovar las leyes para renovar la vida, y había luchado para ello logrando, en mi pequeño ambiente de la Custodia de Tierra Santa, hacer triunfar la mayor parte de mis convicciones, traduciéndolas a leyes y estatutos que nacieron muertos. La desilusión traía consigo imperceptiblemente una progresiva y peligrosa merma en mi tensión espiritual y vital.

Antes de conocerla personalmente, había oído hablar de ella a través de un hermano del convento franciscano de Belén donde yo residía, José Barriuso, interesándome vivamente por su “doctrina” o “mensaje” que se traslucía a través de nuestras siempre más animadas discusiones filosófico-teológicas en las cuales tomaban parte varios miembros de nuestra fraternidad y de manera muy especial Raffaele Angelisanti, mi ex-profesor de filosofía y maestro de seminario y en aquel momento mi colega en la enseñanza. Esa “doctrina”, nos decía Barriuso, no había sido en ella fruto de estudio, sino del repentino irrumpir en su conciencia de un torrente de luz o sabiduría sobrenatural que había transformado su vida.

Su llegada a Belén, de manera inesperada e imprevista, coincidió con un profundo deseo mío; un deseo apenas formulado y aún no expresado a nadie. Percibí y acogí su venida como una respuesta dirigida personalmente a mí de parte de Aquel que escudriña las mentes y los corazones.

El primer encuentro con Josefina Chacín Dúchame, la “mujer extranjera” que venía de la lejana tierra de Venezuela,

fue para mi espíritu como el florecer de una nueva primavera, el abrirse de horizontes infinitos, una irradiación de luz que se traducía en un gozo inexplicable, en una esperanza de liberación, en una renovada confianza en la vida. Había encontrado un manantial de agua fresca y pura en el cual apagar mi sed, y el pan supersubstancial que sólo puede saciar el alma hambrienta. El hecho de que tanta luz viniese de una mujer me daba una extraña sensación de plenitud, un sabor a realidades concretas, a mayor autenticidad. Desaparecían como por encanto las antinomias de teoría y práctica, razón y fe, filosofía y evangelio. Todo me parecía posible, me sentía más liviano, un enamorado de la vida. Hoy me doy cuenta de que en aquel preciso momento recibí como una fecundación interior; se activó o despertó en mí un germen de vida que, a pesar de todo, ha ido creciendo imperceptiblemente impulsándome desde dentro a dar saltos que, si no son todavía verdaderos “vuelos”, son, creo, la imagen de ellos, siendo saltos en el vacío sin fondo que separa la vieja de la nueva “Tierra”.

Este germen de vida me ha llevado, por su misma fuerza intrínseca, a romper muchas de las cascadas que me envolvían y que habían sido necesarias para mi evolución, y me ha constreñido a ir más allá de toda estructuración humana de la vida del Espíritu. Hoy, después de catorce años y de haber dejado atrás la seguridad espiritual y material que me brindaba la Institución religiosa a la cual pertenecía, me encuentro aquí, en la “lejana tierra” de Venezuela, para compartir, junto con muchos otros, la maravillosa aventura espiritual y existencial de esta “mujer extranjera”, tratando seguirla de cerca en su vertiginoso “vuelo” hacia las profundidades del alma, donde se vislumbra esa “Tierra” prometida desde antiguo, ese «“Paraíso” de eterna felicidad» de donde manan todas nuestras fuentes. La sabiduría de orden suprarrazional, que desde su primera extraordinaria experiencia de lo Divino en el lejano 1954 brota de ella sin cesar, no es sino la irrupción, desde dentro, de los torrentes de agua viva que

según una antigua promesa (cf. Jn 7,38) manarán del seno de quien se abre a esta Fuente interna, inmanente y trascendente a la vez, que es la verdadera esencia de todo ser humano. La irrupción en ella de esta «agua surgente para vida eterna» (Jn 4,14) manifiesta la total apertura de su realidad humana a la Fuente interna, apertura total que implica una vida de total servicio y entrega a la Voluntad Divina, unida a la clara conciencia de instrumentalidad y transparencia en transmitir conocimientos y conceptos que no son fruto de humano esfuerzo o elaboración racional. Y éste es el sentido profundo de la expresión la esclava del Señor con la cual, aquí y en otras partes, aparecen firmados sus escritos.

¿Cuál es el mensaje de este libro?

Este libro es la descripción, verbal y gráfica, del gran despertar del hombre de la profunda “noche” de la inconciencia en la cual se encuentra sumergido, a la luminosa promesa del “tercer día”, cuando, rompiendo la cascara de su “yo”, se eleva en alto “vuelo” hacia el encuentro y unión consumada con su Realidad Divina complementaria. La complementariadad entre lo Divino y lo humano en el hombre es la forma como vivimos en el tiempo la eterna polaridad de Amante y Amada que es el pulsar del Amor Subsistente, el Ser que “ES”, el Único. Es el único Ser que se “aleja”, se “distancia” de Sí mismo para encontrarse e identificarse Consigo mismo. En este movimiento o proceso eterno de manifestación y retorno, el hombre es el “intervalo” entre el Ser y el Ser, entre el Ser y El mismo. Al igual del Eros platónico, hijo de Penía (Pobreza) y de Poros (Abundancia), de quienes hereda las opuestas características, el hombre, concebido en la Nada de la Manifestación-Libertad por la presencia y anonadamiento del Ser que vivifica su imagen, está a medio camino entre el Ser y la Nada, y por lo tanto es una Nada viva, imagen viviente del Ser que “ES”.

Por ser imagen viviente del Amor Subsistente, el hombre es él también, en su íntima esencia, amor, en su doble rostro de Eros y Ágape. Eros: deseo de felicidad, de eternidad, hambre de ser; y Ágape: impulso a dar y darse sin medida hasta la total negación de sí mismo. Platón, en su agudo análisis de la esencia del amor, toma en consideración solamente el aspecto de Eros. El cree que el hombre pueda alcanzar al Ser subiendo uno tras otro los peldaños de la escalera de Belleza, «única diosa que no ha abandonado la tierra», impulsado por Eros, el implacable conquistador «siempre a la pista de lo que es bello y bueno; varonil, atrevido, perseverante, cazador hábil, ansioso de saber, siempre maquinando algún artificio, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador, mágico, sofista». En Platón, el hombre se desprende, sí, de cada peldaño para poder pasar al siguiente, pero es siempre el mismo “yo” el que persigue una belleza más amplia, más inmaterial, más real, hasta pretender “ver” la Belleza en sí. Mas la Belleza en sí no se puede alcanzar sin pasar por la nada de todas las cosas bellas, sin pasar por la nada del ente y, por lo tanto, la nada del “yo”. Sólo a este precio extremo se da el encuentro con la Realidad «supraesencial» (*epékeina tes ousías*). El hombre platónico trepa, no “vuela”.

En el libro que presento, el amor como Eros, aun conservando todo su valor como principio dinámico de la evolución del hombre en la inconciencia de su Ser, está reducido al rango de “sombra” del verdadero amor, y recibe el nombre de «egoísmo-ascendente-positivo» en su triple aspecto «individual, colectivo y universal», correspondiente a la platónica escalera de Belleza. Sólo al término de su evolución humana comienza a despertar en el hombre la capacidad del verdadero amor, que es negación de sí mismo. Es el momento en el que el hombre, como sacudido por el torpedo socrático, «conoce que no conoce y se encuentra en el vacío de su nada». Es el momento en el que todo lo humano, en el hombre, se convierte en pregunta, y, desde lo más profundo de su ser, «Alguien»

le responde invitándolo a “volar”.

“Volar” ha sido desde siempre el sueño del hombre pegado a la corteza del planeta tierra con una cola invisible que le esclaviza y humilla, impidiéndole alcanzar el infinito cielo hacia donde gravita su corazón. “Volar” es un impulso que brota desde el centro más profundo de nuestro ser; es ese anhelo irreprimible de ir más allá de nuestra forma actual por haber “visto” la mariposa que eternamente vive en lo profundo de nuestro corazón de gusano, recuerdo primordial e infinita promesa de lo que somos. Es el mismo impulso que empuja desde adentro al pollito a salir de su cascara; al ave ya formada a saltar de su nido; al fruto maduro a desprenderse del árbol; al óvulo fecundado a crecer y multiplicarse con vertiginosa rapidez para independizarse y salir libre del seno materno. El “vuelo” es la realización cumbre del impulso originario, más o menos consciente, de toda manifestación vital.

La misma vida que impulsa es la que atrae hacia sí. “Volar” es ser movidos por el amor, y el amor mueve atrayendo. “Volar” es pues sentirnos atraídos por un centro más poderoso que nuestro pequeño centro provisional (el “yo”), más poderoso porque es más real. Lo que atrae, amante y amado a la vez, es ese Centro abismal que es la Realidad Divina presente en el hombre y, a través del hombre, en el Universo entero que de él es imagen. El deseo de “volar” es “filosofía”, en su sentido etimológico de “amor a la sabiduría”, anhelo de encuentro, de unión extática después y más allá del separativo conocimiento intelectual, deseo de compenetración e identificación con la Realidad complementaria beatificante.

Esta Realidad Divina es la “Nueva Tierra” que la autora del libro que presento nos dice haber vislumbrado y hacia la cual nos invita a “volar”.

El mensaje de este libro es, pues, un mensaje de amor. Es una delicada, concreta y apremiante propuesta dirigida a todos

aquellos que ya tienen “alas”, para que se unan al “vuelo” de quien está ya “volando”, y es también una tarjeta de invitación para un nuevo banquete, el «banquete de bodas» del que habla el Apocalipsis de Juan (19,9), porque la Esposa está lista y ya despunta el “tercer día”...

GIUSEPPE NAPOLI

4 de mayo de 1986

(pp. 5-13)

Dedico mi experiencia a todos los
amantes de “FILOSOFÍA”.

¿Qué es “FILOSOFÍA”?

La Ciencia de la Vida.

¿Qué es la Vida?

La Ciencia del Amor

¿Qué es el AMOR?

El SER que “ES”

la esclava del Señor

Belén, Gruta de la Leche: Diciembre 7 de 1.973

Los “vuelos” a la “Nueva Tierra”

Estos “vuelos” son estados de Conciencia. “Estado de Conciencia” no es conocimiento, es “interiorización”: *ser* uno mismo en cada acto, ser siendo en el hacer y no el “yo” haciendo sin ser.

Son cuatro “vuelos” y un solo “Vuelo”:

El primer “vuelo” es cuando el ser humano conoce sus egos y se encuentra en el vacío de su nada.

El segundo “vuelo” es cuando el ser humano conoce su nada y salido del “mundo” del yo-ego se orienta a la negación de sí mismo por los otros.

El tercer “vuelo” es cuando el ser humano se ha decidido a morir a sí mismo una vez que descubre lo Divino en sí mismo o en otro.

El cuarto “vuelo” es cuando el ser humano toma conciencia de la Libertad den la Unidad de su Ser, la Voluntad, y se niega a sí mismo orientándose irreversiblemente a lo Divino.

La “Nueva Tierra” se vislumbra en el segundo “vuelo”.

Cada uno podrá darse cuenta del estado de Conciencia en que se encuentra a medida que medite y compruebe en su vida, en sí mismo, en sus reacciones ante las demás personas, ante las diferentes circunstancia y en su obrar diario lo que en estas páginas se dice.

Es necesario ser muy sinceros consigo mismos para no caer en una ilusión pensando que pueden realizar el cuarto “vuelo” cuando todavía están *adheridos* a la cáscara, el yo-ego.

Dejar la “cáscara” antes del tiempo necesario, como también quedarse en ella después de tiempo necesario, es quedarse huero.

Desprenderse de la “cáscara”, el “yo”, son los estados de Conciencia, los “vuelos”.

Soltar la “cáscara” no es asunto nuestro, es una consecuencia que se realiza después del cuarto “vuelo”.

A continuación transmito una “experiencia” vivida. Después de haber “vislumbrado” la “Tierra Prometida”, la “Nueva Tierra”, ese “Paraíso” de eternal felicidad que con nada de este mundo se puede comparar, no puedo menos que hacer una invitación a cada uno y a todos aquellos que se encuentran en capacidad de “volar”, pues estos “vuelos” dependen de nuestra libertad:

¿quieres? ¡puedes!

“Sal de tu tierra,
de tu parentela,
de la casa de tu padre...”

¿Yo? Estoy decidida

¿Tú? decídete

¿Nosotros?

¡estamos volando!

Si tú te has decidido ¡vivencialmente!
estás volando con “NOSOTROS”